

HOMILÍA DE MONS. DAMIÁN IGUACEN BORAU en la VISITA DE LAS HERMANITAS DE 3ª PROBABACIÓN

Iglesia de San Vicente, mártir – Huesca, 5 de Septiembre de 2013

Bienvenidas queridas Hermanitas.

Habéis venido con ilusión a visitar los lugares donde el venerable Saturnino, vuestro fundador, vivió gran parte de su vida, oró, meditó y redactó vuestras Constituciones.

Estamos en este templo de San Vicente, mártir, encomendado a la Compañía de Jesús desde hace muchos años. El venerable Saturnino, amigo entrañable de los jesuitas, pasaba aquí mucho tiempo orando, haciendo Ejercicios Espirituales y retiros en la Casa de Ejercicios unida a esta Iglesia. Su director espiritual fue un Padre jesuita. Él mismo tenía una espiritualidad jesuítica, por decirlo de alguna manera. Tenía muy claro que “Todo a la mayor gloria de Dios”.

Con este ideal trabajó en su vida asombrosamente activa y desde el retiro, en su Tebaida, como llamaba a la casa donde vivía en la Plaza Lizana. Es un detalle hermoso celebrar aquí la Eucaristía como agradecimiento por la parte importantísima que han tenido los PP. Jesuitas en los orígenes de vuestra Congregación.

“Cuidar los cuerpos para salvar las almas” decía Santa Teresa Jornet. ¿No suena esto al principio y fundamento de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio? Demos gracias y bendigamos al Señor.

En la iconografía del venerable Padre Saturnino hay imágenes muy emotivas: una es orando arrodillado. Todo un mensaje. ¡Cuánto oró aquí! ¡Las horas que pasó orando vuestro Padre Fundador!

Hay otra imagen también muy emotiva: vestido de canónigo, era Maestrescuela de la Catedral, entregando solemnemente las Constituciones a Madre Teresa Jornet que las recibe arrodillada, porque vio en ellas la voluntad de Dios escrita con toda claridad.

Hay otro icono del Padre Saturnino también impresionante: abrazando a un anciano desamparado que acoge en su casa. El Padre Saturnino es un hombre providencial, tuvo una intuición verdaderamente providencial. El Señor le hizo ver la ancianidad, no sólo como un magnífico campo para el amor misericordioso sobre tantas personas en situaciones de abandono, sino también como un magnífico campo de evangelización. Dios no quiere que en el mundo haya ningún ser humano desamparado. El desamparo es la situación más injusta e inhumana. Aquí hay todo un reto de la nueva evangelización. “La evangelización es incompleta sin la promoción humana”. Amparando a tantos desamparados estáis, queridas Hermanitas, en primera línea de la nueva evangelización, estáis evangelizando en esa periferia de la que tanto habla el Papa Francisco.

El venerable Padre Saturnino dice que “Dios ha querido hacer de las Hermanitas continuadoras de la misión de Cristo en la tierra”.

La ancianidad, hoy también, a pesar de tanto progreso, lleva en sí misma muchos desamparos. A los ancianos les van desamparando las fuerzas, las ilusiones, la sociedad, que los considera como una carga social. Ser anciano, ser mayores, no es una desgracia, es una oportunidad que hay que saber aprovechar para hacer el bien. Hay bienes que sólo se pueden hacer desde la ancianidad. Estáis proclamando, queridas Hermanitas, que los ancianos tienen futuro. Con la vejez no se acaba todo. Vuestras residencias son casas de esperanza, porque la verdadera esperanza no está ligada a la juventud física, natural, sino que se funda en una juventud más esencial. Dios, que es el Eterno, es el más joven de todos y el que “Renueva nuestra juventud”.

Hermanitas, dad gracias a Dios por vuestra vocación, que tiene una misión tan importante en la nueva evangelización. Vivamos ahora, aquí, pero mirando ilusionadamente el futuro, sembrando la esperanza de Dios en los corazones de tantos desengañados de la vida. Todo puede cambiar a mejor y entre todos lo hemos de hacer. Con el Señor podemos hacer más de lo que creemos, valemos más de lo que pensamos, servimos más de lo que nos imaginamos. “Todo es posible para el que cree”. “Todo lo puedo en el que me da fuerza” “Con Él a mi derecha ¿quién me hará temblar?”.

Demost gracias a Dios por el Padre Saturnino, pionero en la evangelización de la ancianidad.

Monseñor D. Damián Iguacen Borau